

Los primitivos rusos luchando con los escitas, pueblo bárbaro que habitaba en las orillas del Mar Negro.

RUSIA Y SU HISTORIA

A DIFERENCIA de los otros continentes que, presentando la forma de una isla o península, tienen por su misma estructura límites perfectamente delineados, Europa y Asia forman, en realidad, parte de un extenso macizo, comprendido entre el Atlántico, que baña sus costas occidentales, y el Pacífico, cuyo beso reciben las orientales. Cruza la Eurasia (nombre que reciben frecuentemente ambos continentes cuando se los considera unidos) una faja continua de elevadas mesetas, que va desde los Alpes hasta la península de Kamchatka; y la llanura que se extiende entre el Mar Blanco y el Mar Negro, penetra en Asia rodeando la base de los montes Urales. Estos, cuya altura media es de seiscientos metros, nada más, no constituyen tampoco una barrera real entre Europa y Asia, por lo que se refiere al clima o a la vegetación.

En la historia de todos los países occidentales de Europa, hemos visto que sus primitivos habitantes procedían del Asia Central. Como una onda se precipita sobre otra onda, durante centenares de años estos pueblos invadieron uno tras otro la llanura meridional de los Urales, hasta que, obligados por la necesidad o llevados de sus particulares aficiones, se difundieron por todos los ámbitos de Europa.

Algunos de ellos, empero, resueltos a no salirse de la llanura limitada por los mares Blanco y Negro, sentaron allí sus reales. Los principales de éstos fueron los fineses, procedentes del mismo tronco que aquellos otros pueblos que los escandinavos arrojaron hacia el Norte de Suecia, y los eslavos, cuya sangre era la misma que corría por las venas de los que se establecieron entre el Adriático y el Mar Negro. Estos últimos empujaron hacia el Norte a los primitivos habitantes, los fineses, de igual manera que los teutones lo hicieron en Escandinavia. Ahora bien, los principales rasgos de esta gran llanura son sus hermosos ríos y extensos lagos. Al Norte se halla el lago Ladoga, el mayor de Europa; y el territorio que se extiende junto al Báltico, y que sirvió, por último, de asiento definitivo a los fineses, abunda también en ellos, tanto que eso le ha valido el nombre de *Región de los Mil Lagos*, con que algunos lo bautizan. Al sur del Ladoga se hallan los montes Valdai, donde nace el mayor río de Europa, el caudaloso Volga, que deslizándose en suave corriente durante su largo curso, desemboca por numerosos deltas en el Mar

Caspio. Este último es el mar interior mayor del mundo.

El Dnieper y el Don, ambos ríos largos e importantes, siguen su curso por la llanura, el primero hacia el Mar Negro, el segundo hacia el de Azof. Las tribus primitivas se establecieron en las inmediaciones de estos ríos, en regiones sumamente espaciosas, con desnudas llanuras, en que no se ve un solo árbol, llamadas estepas, las cuales se componen ora de extensos campos cubiertos con una capa de *humus* fertilísima, ora de inmensos prados, donde se cría excelente pasto para el ganado, ora, en fin, de terrenos desiertos y rocosos. Dos de las más antiguas ciudades de esas regiones son Kief, a orillas del Dnieper, y Novgorod, situada al Norte de los montes Valdai, con fácil acceso al Báltico y al Volga. Con esto queda diseñado el esqueleto del territorio que, andando el tiempo, se llamó Rusia.



Rurik, el bravo varengo que con sus dos hermanos conquistó gran parte de Rusia, en el siglo IX, y fundó una dinastía que reinó cerca de 700 años.

Hará cosa de mil años, si hemos de atenernos a la tradición más antigua, que tres bravos normandos, tres hermanos, de origen varego, valientes y esforzados como pocos, recibieron una invitación de Escandinavia para que se estableciesen y gobernasen en Novgorod. « Nuestra tierra es grande y hermosa » decía el mensaje, « pero no hay orden en ella; venid y gobernadnos ». Rurik, el mayor de los hermanos, quedó al fin solo gobernando el territorio, y así fundó una dinastía que gradualmente perdió su nacionalidad escandinava para adoptar la del pueblo que regía, ni más ni menos que lo que sucedió con los normandos en Francia y con los daneses en Inglaterra. Pero el genio de los antiguos normandos se mostró tal cual era, con toda la audacia y el valor de la raza, cuando un caudillo colgó su escudo en los muros de Constantinopla; y nada, ni aun el terrible fuego griego, fué suficiente para desalojar los buques que los aventureros y belicosos varegos habían llevado a la vista de la capital de Oriente.

Hacia fines del siglo X, ocupó el trono Vladimiro, primer rey cristiano de Rusia, si bien es cierto que antes de él la reina Olga había ido a Constantinopla a recibir el bautismo, por lo cual mereció que la llamaran « Precursora de la Cristiandad Rusa, estrella que resplandece en las tinieblas de un pueblo pagano ». Vladimiro, al hacerse cristiano, se afilió a la Iglesia Oriental o Griega; desde entonces, y por espacio de más de nueve centurias, su país ha permanecido fiel a esta rama de la Iglesia, y aun ha llegado a ser cabeza de ella, desde que se convirtió en mezquita la catedral de Santa Sofía. Muchas veces, en el transcurso de los siglos, ha podido tender su mano a otros países eslavos más débiles, pertenecientes a su misma religión, cuando se han visto oprimidos por sus señores, los mahometanos.

Al convertirse Vladimiro, mandó que todo su pueblo recibiese el bautismo, de grado o por fuerza; y, en efecto, todos los rusos fueron bautizados, en grandes masas. Este monarca, que fué célebre también como guerrero, sometió a su poder las tribus eslavas y finesas, especialmente las que vivían lindantes con Polonia; pero no pensó en dar unidad a sus pueblos y hacer de ellos una nación, pues en su testamento ordenó que se dividiese el reino entre sus hijos.

LA MERMADA RUSIA DE HOY



Rusia ha perdido población y territorios considerables desde la Guerra Mundial. Finlandia es ahora independiente, y Estonia, Latvia y Lituania han establecido sus gobiernos propios. Una parte de la Polonia actual era territorio de Rusia, y ésta a la vez tuvo que ceder a Rumania una esquina de su suelo. La Ukrania no es completamente independiente, pero las tres Republicas del Cáucaso pueden llegar a serlo. Todas las fronteras rusas están propensas a ser variadas.

Uno de ellos adquirió fama como legislador; en su código vemos que se castigan, con multas, diferentes delitos; que es de rigor la celebración del juicio para imponer penas; y otras muchas noticias interesantes de la vida de Rusia en este primer período de su romántica historia. Durante cerca de dos siglos, siguiéronse incesantes guerras civiles e interminables contiendas, causadas por la costumbre de dividir la herencia entre los hijos. Kief quedó desolada por el fuego. Novgorod por el hambre. Fué aquella una época infausta, y más habían de serlo aún las sucesivas. En 1224 cayó sobre el país un nuevo azote. Una vez más, numerosas huestes procedentes del Asia, llegaron, barriendo cuanto hallaban a su paso, a la gran llanura que se extiende al Sur de los Urales. Según hemos visto, no hay en esta región macizos montañosos, en donde la gente pueda guarecerse y defenderse contra la crueldad de los invasores; y, como por otra parte, las ciudades estaban mal fortificadas, nada fué capaz de detener el asolador ímpetu de las hordas mogolas o tártaras, que todo lo devastaban. Novgorod, que logró mantenerse independiente, perteneció a la Liga Anseática, se dedicó en gran escala al comercio y tuvo príncipes elegidos por ella misma: «¿Quién puede contender con Dios y la gran Novgorod?» decía un proverbio, que se hizo célebre, para denotar el poder y la independencia de esta ciudad, en aquellos tiempos. En todas las demás partes, los príncipes y duques se vieron obligados a tributar homenaje a los tártaros, proveerlos de soldados, que luchasen en favor de ellos, y pagarles fuertes contribucions. No había a la sazón vida nacional; la depresión lo invadía todo. Por entonces se edificaron también numerosos monasterios, tan sólidos como extensos, adonde la gente podía retirarse en busca de paz y seguridad, y a cuyos monjes debemos las crónicas e historias que han llegado hasta nosotros, llenas de profundo interés para cuantos estudian la historia de Rusia. Todavía algunas de las antiguas tradiciones se oyen hoy, cantadas por los bardos, relacionadas con Vladimiro «el brillante sol», la reina Olga y otros muchos personajes célebres en el país.

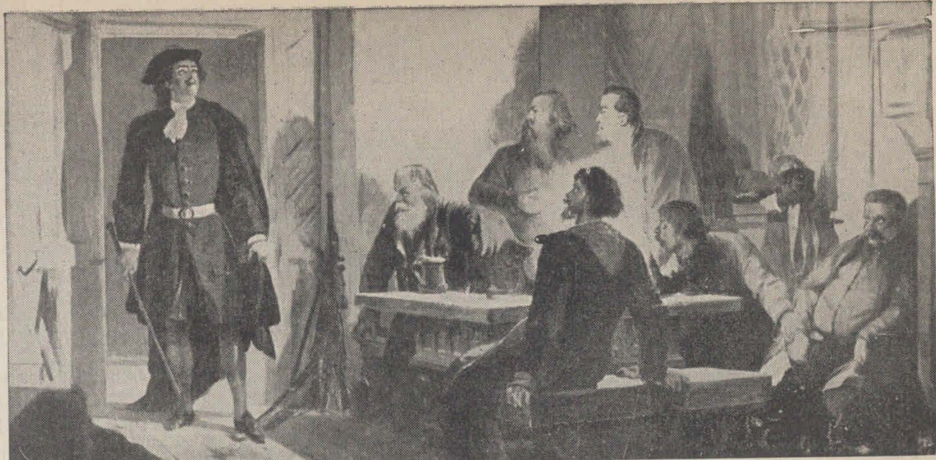
EL INCENDIO DE MOSCÚ, SIGLOS ANTES DE NACER NAPOLEÓN

Entre otras ciudades que más de una vez fueron incendiadas por los tártaros debe citarse Moscú, que en aquel tiempo era una ciudad pequeña, pero interesantísima, por la circunstancia de estar situada a orillas de un subafluente del Volga y en un punto céntrico entre los mares Blanco, Báltico, Negro y Caspio. Algo más tarde, gran parte de la historia del país llegó a centralizarse en Moscú, la capital de los moscovitas, como frecuentemente suele llamarse a los rusos.

Andando el tiempo, los príncipes y nobles rusos contrajeron matrimonio con las hijas de los nobles tártaros, lo cual fué causa de que, insensiblemente, adquiriera el pueblo ruso las costumbres y las modas que sus dominadores les habían traído de Oriente. Entre Rusia y el Báltico habitaban por entonces los lituanos, que continuaron viviendo en la idolatría hasta el siglo XIV, y durante algún tiempo poseyeron en la Rusia Occidental varios territorios y ciudades, entre ellas la de Kief. También Polonia estuvo unida por corto tiempo a Lituania, y ello fué causa de luchas y pendencias sin cuento, a las cuales hay que agregar las que con los estados vecinos alemanes sostuvieron aisladamente ambos pueblos.

LOS PRISIONEROS SON LIGADOS CON CUERDAS Y LLEVADOS AL CAUTIVERIO, COMO REBAÑOS DE OVEJAS

Al finalizar el siglo XV, consiguieron los príncipes rusos librarse de la dominación tártara. La región septentrional de las costas del Mar Negro cayó en poder de los turcos, en cuyas manos fué, durante largo tiempo, un muro de contención entre ellos y sus vecinos, los rusos, que deseaban tener puertos y buques en este mar meridional. Perdida su supremacía en Rusia, los tártaros habían dejado de ser el terror



Cuando Pedro se decidió a viajar por Europa, los *streltsi*, regimiento de hombres dispuestos a todo, conspiraron contra su vida. Súpolo el joven zar, y se presentó ante ellos sin armas, rasgo que los llenó de asombro y acabó con el complot.



Pedro *el Grande*, con su preceptor. Éste fué despedido cuando todavía era muy niño su regio discípulo, el cual, desde entonces, sólo ocupó el tiempo en los juegos propios de su edad.



Pedro era muy aficionado al mar y a la construcción de buques, lo cual llegó a constituir en él una manía. El grabado le muestra de pie en un bote durante una furiosa tempestad.



Pedro *el Grande*, en su viaje a Inglaterra, en donde, vestido como un obrero ordinario, aprendió el arte de la construcción naval. El grabado le representa en el acto de recibir la visita del rey Guillermo III.

del país; ello no obstante, continuaron haciendo de vez en cuando incursiones y causando en él numerosos males. ¡Cuántas veces, las estepas rusas fueron testigos del cruel trato que recibían los infelices prisioneros que, atados con una cuerda, eran llevados muy lejos de su país, juntamente con los rebaños que les habían arrebatado!

Llegamos al tiempo en que los príncipes rusos adquirieron casi de repente un gran poder y lo acrecentaron de un modo extraordinario. Dos de los principales, Juan (o Ivan) III y Juan IV, pertenecen respectivamente a los siglos XV y XVI. Juan III acabó con las libertades de Novgorod, anexó a sus dominios numerosas ciudades y territorios, rehusó prestar homenaje al kan o jefe tártaro y pactó alianza con los países vecinos. Contrajo matrimonio con la sobrina del emperador griego, Constantino, que más tarde murió asesinado, al ser tomada su capital por los turcos. Al caer esta ciudad, fueron muchos los sabios griegos que, formando parte del séquito de la princesa, entraron en Rusia, llevando consigo valiosos manuscritos; todos ellos fueron muy bien recibidos en los monasterios, que de día en día eran más ricos y poderosos.

Moscú fué reedificada, y en todos los ramos del gobierno y de la administración hizo Rusia grandes progresos. Juan III, que recibió de su pueblo el nombre de *Grande*, ha sido considerado como el fundador de la Rusia moderna.

CÓMO PRINCIPIARON LAS RELACIONES COMERCIALES DE RUSIA CON EUROPA

Por esta época, Rusia adoptó un escudo de armas, el águila negra de dos cabezas, propia del imperio griego, y aplicó a sus reyes el título de Tsar o Czar (Zar) que generalmente se considera derivado de la palabra *César*. Juan IV, hombre de gran poder (aunque algunas veces llegó a ser tan cruel que la historia le conoce con el nombre de *el Terrible*) fué el primero que tomó formalmente el título de Zar, en 1547, después de haberse apoderado de numerosas ciudades y territorios, en la gran llanura, con cuya anexión Rusia extendió sus dominios por el Sur hasta Astrakán, en las riberas del Caspio, y por el Norte hasta el Mar Blanco y Siberia.

Así empezó Rusia a extenderse por el Asia y, al propio tiempo tuvo ocasión, utilizando el Mar Blanco, de entablar negociaciones comerciales con distantes países, aun cuando sus puertos permanecían helados la mayor parte del año.

Entonces llegó a Rusia la primera expedición comercial inglesa, que fué cordialmente recibida por Juan, pues éste nada deseaba tanto como la expansión comercial de su reino, y que a él acudieran trabajadores del occidente de Europa; pero como quiera que el rey de Polonia, enemigo acérrimo del monarca ruso, impidiera el paso de la expedición inglesa por sus dominios, vióse ésta obligada a desembarcar en Arkángel y proseguir desde allí su camino a Moscú, para descargar aquí sus mercancías. Comercialmente hablando, el viaje había sido un desastre; pero las ansiadas relaciones entre uno y otro pueblo quedaron, por fin, establecidas, mediante una vía de comunicación abierta en el Océano Ártico. Poco después, y a consecuencia de esta visita, hacía su suntuosa entrada en Londres un embajador ruso, acompañado de su brillante corte de funcionarios, engalanados con sus casacas de terciopelo, ribeteadas de seda y galones de oro. Tal fué el principio del comercio entre Rusia y el resto de Europa.

A la muerte de Juan IV, no solamente extendía el imperio ruso sus límites hasta donde no había alcanzado nunca, sino que se hallaba en mejor estado de defensa que en cualquier otro de los anteriores períodos de su historia.

LOS TIRANOS QUE ESCLAVIZARON A UNA NACION ENTERA

Estaba reservado a Boris, poderoso noble de raza tártara, el decretar la esclavitud de los aldeanos rusos, cuyo número había ido aumentando gradualmente durante varios reinados. En



Vasallos presentando pan y sal a sus señores feudales, en señal de vasallaje. El señorío feudal subsistió en Rusia más tiempo que en los demás países europeos.



Los cosacos anduvieron errantes por la Rusia Oriental y mantuviéronse independientes durante muchos siglos. El grabado reproduce una escena, en la cual se ve a varios de ellos enviando una insultante contestación al Sultán Mahomet IV, que quería imponerles su soberanía.



La cruel opresión, en tiempo de Catalina *la Grande*, promovió una insurrección en la Rusia Oriental, en la cual el cosaco, llamado Pugatchef, cabecilla del levantamiento, pretendió hacer creer que él era el difundo zar, Pedro III, según muestra el grabado.

efecto, en 1597, promulgóse un decreto, por el cual se prohibía a los aldeanos o siervos, que también así se los llamaba, salir de la tierra en donde hasta entonces habían vivido.

Siguióse a esta época un período de guerras civiles, causadas principalmente por los pretendientes al trono, lo cual fué causa de que Rusia se convirtiese en una fácil presa de todos sus enemigos. Los polacos penetraron en Moscú; y sus reyes llegaron a ceñir por dos años la corona del Imperio; pasado este tiempo, consiguieron los moscovitas arrojar a los intrusos, pero la ciudad padeció enormemente las consecuencias de esta guerra. Poco después se suscitaron disensiones con Suecia, que resultaron también desfavorables a los rusos, por cuanto Gustavo Adolfo, al imponer la paz, cerró completamente a Rusia el mar Báltico. « Veremos—dijo Gustavo a los suyos—si, quitándoles el Báltico, se atreven a pasarlo de un brinco para venir a molestarnos ».

Un conato, encaminado a limitar el poder de la Corona, dejóse sentir en todo el país, cuando Miguel, el primer dinasta de los Romanoff, al ser proclamado Zar de todas las Rusias, provocó, con algunas de sus disposiciones, varios levantamientos entre los boyardos (como se les llamaba a los nobles) y entre los cosacos. Eran éstos audaces aventureros de raza mixta, que, dedicados al pillaje, vivían en el Sur de Rusia y de Polonia. Sus dos principales tribus eran las que habitaban las llanuras del Don y las del Dniéper; y así éstas, como todas las demás, nominalmente sujetas a Rusia y Polonia, estaban organizadas en regimientos que servían como vanguardia para resistir a los tártaros y a los turcos. Los polacos trataban a los cosacos con gran severidad, hasta que al fin éstos sólo reconocieron el dominio de Rusia, a cuyo poder han continuado sometidos en los siglos posteriores, aunque demostrando ser siempre súbditos difíciles y levantiscos.

UN MUCHACHO QUE LLEGÓ A SER ZAR E INFUNDIÓ NUEVA VIDA A SU PAÍS

Un cosaco fué el conquistador de gran parte de Siberia, sumamente visitada por los comerciantes, a causa de sus valiosas pieles; mas después de su gloriosa conquista, el valiente cosaco hizo de ella un valioso presente a Juan *el Terrible*, quien la incorporó a sus estados.

Hacia fines del siglo XVII, el supremo gobierno moscovita cayó en manos de un muchacho de 17 años. Este fué Pedro *el Grande*. De él se dice que imprimió una nueva vida a su país; tal fué la prosperidad que gozó Rusia durante su reinado.

Ya de niño se había distinguido por sus naturales dotes de observador, por su afición a la marina y a la ingeniería; luego, en cuanto tuvo ocasión, salió de su patria y emprendió una serie de viajes por el extranjero, a fin de asimilarse, de las demás naciones, todo cuanto pudieran éstas enseñarle y fuese él capaz de aprender. Todavía, el zar de Rusia posee en Zaandam (Holanda) una choza que sirvió de vivienda a Pedro, cuando éste estuvo trabajando en el arsenal; por cierto que, al terminar su trabajo, obtuvo un certificado de suficiencia en varias industrias; certificado que se conserva cuidadosamente. De Holanda pasó a Inglaterra y luego regresó a su país. Fruto de sus trabajos en el arsenal fué la fundación de la marina rusa. En tiempos de Pedro, Rusia obtuvo la entrada en un mar occidental.

PEDRO EL GRANDE Y SUS GUERRAS CON EL ÚLTIMO VAREGO

Ya hemos visto cuánto empeño tuvo Juan IV en llegar al Báltico y cómo logró Suecia apoderarse de las tierras que circundan este mar. Carlos XII, a quien algunos llaman « el último varego », obtuvo algunas brillantes victorias sobre el Zar y el rey de Polonia en guerras causadas por cuestiones de límites; pero al fin, consiguió Pedro dominar todo el curso del Neva, río que llega al Báltico, después de atravesar el golfo de Finlandia. Desde entonces Pedro el Grande llamó Schlüsselburgo, del alemán *Schlüssel*, que significa *llave*, a la población situada junto a la desem-

bocadura de este río, perteneciente antes a Novgord la Grande; e impuso también un nombre alemán, Kronstadt, al fuerte que domina la ciudad. Por último, y para fomentar el dominio ruso en el Báltico, determinó construir la nueva capital, que denominó San Petersburgo, y hoy se llama Petrogrado.

LA NUEVA CAPITAL DEL GRAN IMPERIO, EDIFICADA SOBRE UN PANTANO

No perdió tiempo el gran monarca en echar los cimientos de la nueva ciudad, empresa nada fácil, por cuanto el terreno en que había de asentarse consistía en una porción de islas pantanosas del río Neva. Millares de trabajadores estuvieron largo tiempo ocupados en construir, primero los pilares que habían de servir de fundamento, y luego los edificios, consistentes en iglesias y fortalezas, palacios y casas de todas clases.



Cuando Napoleón y su ejército descubrieron, a lo lejos, la ciudad de Moscú, quedaron entusiasmados al contemplar sus doradas cúpulas, deslumbradoras a los rayos del sol. Pero pronto enmudecieron de terror al ver que la magnífica ciudad era pasto de las llamas, pues al retirarse de ella los moscovitas, dejaron quienes la incendiasen a la vez por varias partes. Aquí vemos a Napoleón recorriendo las calles con su escolta, después de haber visitado el palacio de Pedro *el Grande*.

Pero Pedro no se distinguió sólo como fundador de ciudades; fué también un gran innovador. Introdujo reformas en el gobierno de la Iglesia, modificó las costumbres de la sociedad, prohibió el uso de vestidos que habían impuesto los tártaros, mandó a los hombres que se afeitasen, e hizo cuanto pudo para europeizar a Rusia. En el segundo viaje que efectuó por el extranjero visitó a Francia, y con este motivo dió una muestra de su aversión natural al fausto y al boato, rechazando el alojamiento que el gobierno francés había determinado darle en el Louvre. En esta ocasión dícese que tuvo en los brazos al rey niño, Luis XV. De regreso a su país abrió canales, mandó traducir libros extranjeros, fundó museos y bibliotecas y viajó con incansable energía por todos sus estados.

La ambición de Pedro *el Grande* no se limitó al dominio del mar occidental; trató también de enseñorearse del mar Caspio, para lo cual dió un paso importantísimo al apoderarse de Bakú, a orillas de este mar, punto en donde abundan los yacimientos de petróleo, que son hoy día una de las fuentes de riqueza del imperio ruso. También ha sacado Rusia grandes ventajas del Mar Caspio, por su notable situación

como lugar de tránsito entre Europa y Asia.

CÓMO GOBERNARON A RUSIA ALGUNAS MUJERES, DESPUÉS DE LA MUERTE DE PEDRO *EL GRANDE*

Ni la vida ni el temperamento de Pedro *el Grande* se vieron exentos de puntos negros; pero fueron tantas sus buenas cualidades que éstas han llegado casi a borrar la memoria de aquéllas. Todavía hoy se complace el pueblo ruso en comentar las muchas buenas obras que practicó, en recordar su extraordinaria sencillez y en representarle sentado, con su vieja casaca, fumando y entretenido en interesante conversación con algún armador holandés o inglés, recién llegado, para enterarse de los últimos adelantos de la ingeniería naval. Esta extraordinaria sencillez llegaba a sacar de quicio a los nobles rusos, mas no consiguieron nunca desviarle de sus antiguas prácticas. La muerte de Pedro *el Grande* no sólo paralizó las reformas empezadas sino que, además, sumió al país en una era de trastornos y calamidades; pues de esa época son las facciones que se levantaron en todo el imperio, las revoluciones palaciegas, los asesinatos, las deportaciones en masa a Siberia. La historia conoce este triste período con el nombre de « Reinado de las mujeres ». Catalina I, viuda de Pedro, aldeana que no sabía leer ni escribir, le sucedió en el trono. En su corto reinado, un danés llamado Behring, enviado a explorar la península de Kamchatka, dió su nombre al estrecho, de sesenta y cinco kilómetros de anchura, que separa Asia de América. Durante el reinado de Ana, sobrina de Pedro, hubo nuevos intentos de disminuir el poder de la Corona y dar al pueblo alguna participación en el gobierno; pero fustrados éstos, se recrudeció la tiranía a causa de ciertos intrigantes que conseguían convertir a la reina en juguete de sus caprichos.

Sucedióla Isabel, hija de Pedro *el Grande*, y en su reinado conquistó Rusia la parte meridional de Finlandia, territorio que en los siglos XII y XIII había sido convertido al cristianismo por San Enrique y Santo Tomás.

REGRESO DE ALGUNOS DEPORTADOS A SIBERIA, DESPUÉS DE TREINTA AÑOS DE DESTIERRO

Durante largo tiempo, había sido Finlandia una provincia sueca, y como tal tuvo su representación en la dieta de Suecia. Cuando llegó a constituir parte del imperio ruso, contaba numerosas ciudades diseminadas en su pintoresco país; y sus habitantes, a pesar de las frecuentes luchas, a que se entregaban, habían hecho notables adelantos en civilización, gozaban de libertad y se distinguían por su genuino y simpático carácter nacional.

En tiempo de Isabel, Rusia se unió a las demás naciones de Europa en la guerra contra Federico *el Grande* de Prusia, quien a la muerte de la emperatriz se hallaba en la época más crítica de su reinado; pero Pedro III, sucesor de Isabel, que a la vez que gran admirador de Federico era sobrino suyo, hizo las paces con él y renunció a las conquistas que su antecesora había hecho en Prusia. Notable es también este Zar por haber levantado el destierro a los que, a causa de las revueltas de palacio y de las revoluciones de los reinados precedentes, habían sido enviados a Siberia. ¡Qué espectáculo debió ofrecer su corte al regresar todos aquellos infelices, algunos de los cuales hacía treinta años que padecían el horrible castigo de la deportación!

A Pedro sucedió su esposa Catalina II, llamada comúnmente *la Grande*, que se concitó muchos odios al declarar propiedad del Estado las tierras y los habitantes pertenecientes hasta entonces a la Iglesia, la cual era a la sazón enormemente rica y poderosa por el gran número de monasterios y de clérigos que tenía difundidos por todo el imperio.

Reinando Catalina, se efectuó la división de Polonia entre varias naciones europeas; y fué una de ellas Rusia, a quien tocó la mayor porción en el reparto. Pero esto, con toda su

importancia, no fué tan trascendental para el desarrollo del imperio como el hecho de haber llegado Rusia, después de tantos esfuerzos, a dominar en el Mar Negro.

En efecto, la guerra con Turquía produjo la independencia de Crimea y la cesión de Azof al imperio ruso; y, poco después, también Crimea quedó incorporada a Rusia. En un viaje que hizo Catalina a sus nuevas posesiones, se encontró con el emperador alemán Francisco José II, en Kherson, junto a la desembocadura del Dniéper, en donde debió gozar extraordinariamente de la suavidad de su clima, tan diferente de los demás puntos de Rusia.

Tampoco faltaron serias perturbaciones en este reinado; entre ellas una terrible peste que asoló a Moscú, y la insurrección de los cosacos del Don. A la muerte de Catalina, además de las costas del Mar Negro, junto al Dniéster, quedaba incorporada al imperio la provincia, por tanto tiempo deseada, de Curlandia, en la costa del Báltico. Durante su reinado, se fundó también la ciudad de Odesa, cuyo puerto estaba destinado a la exportación del trigo ruso, y se construyó el importante puerto de Sebastopol. Entre los generales célebres de la época de Catalina, debe contarse Suworof, que se distinguió en las guerras habidas con Federico *el Grande* de Prusia, con Polonia y con Turquía, y en el reinado de Pablo, sucesor de Catalina, en las de la República Francesa.

Muy poco antes de la muerte de Pablo, el último príncipe de Georgia, país situado entre los mares Negro y Caspio, en la hermosa llanura que se extiende al sur del Cáucaso, cedió su reino al imperio ruso. Este interesante país, convertido al cristianismo en época muy remota, contaba una larga dinastía de reyes, y su capital era Tiflis. Desde hacía mucho tiempo, el desgraciado reino estaba expuesto a los constantes ataques de persas y turcos, y devorado por discordias intestinas. En el reinado de Alejandro I, hijo de Pablo, Rusia aumentó su territorio con la anexión del resto de Finlandia, que le cedió Suecia.

Pero la obra principal de Alejandro fué su denodada lucha con Napoleón. Millares de rusos anduvieron continuamente de una parte a otra de Europa con objeto de vencer al conquistador, combatiendo por mar al lado de los ingleses, y por tierra unidos a los austriacos. Alejandro había iniciado una política contraria a Francia, por creer que convenía a los intereses de Rusia aliarse con los enemigos del gran emperador de los franceses. Entró, por tercera vez, en coalición con Inglaterra, Austria y Suecia; pero la fortuna le fué adversa.

El 2 de Diciembre de 1805, más de veinte mil rusos perdieron la vida en la célebre batalla de Austerlitz, y más tarde, en 1807, cerca de veinticinco mil moscovitas más cayeron luchando esforzada, aunque inútilmente, en Eylau y Friedland, ciudades de la Prusia oriental.

Después de estas victorias, Napoleón, deseoso de captarse la amistad del Zar, celebró una entrevista con él, en una balsa, sobre el río Niemen, entrevista que dió por resultado la paz de Tilsit y la alianza de los dos imperios, pues ambos soberanos habían acordado repartirse la Europa.

Sin embargo, este acuerdo, hecho principalmente con el propósito de destruir el comercio inglés, no satisfizo al pueblo ruso; porque semejante destrucción implicaba casi la anulación de su propia vida comercial. Así lo entendió al fin el Zar Alejandro, y dispuesto a todas las consecuencias, permitió continuar el comercio entre sus súbditos e Inglaterra.

LOS RUSOS INCENDIAN SU ANTIGUA CAPITAL, EN LA HORA DE LA PRUEBA

Enfurecido Napoleón al advertir la conducta de su aliado, reunió un gran ejército, y, poniéndose a su frente, cruzó la Europa con objeto de castigar a Rusia. Con un valor y una obstinación inauditos, los rusos emprendieron una heroica retirada ante el invasor, hasta que al fin el ejército francés llegó

a la vista de Moscú sin haber quebrantado al ejército ruso. Decididos los rusos a sacrificar su magnífica y sagrada ciudad, no vacilaron en permitirles la entrada en ella, después de haberse retirado las tropas y los habitantes, llevándose a toda prisa los objetos de valor que pudieron transportar consigo. Cuando el ejército invasor vió de lejos las cúpulas de la ciudad, y particularmente las del barrio del Kremlin, en donde la fortaleza, los palacios, y la catedral ofrecen grandioso golpe de vista, sordos rugidos de triunfo atronaron el espacio: «¡Moscú, Moscú!» se oía gritar por todas partes.

Su asombro fué extraordinario, cuando, en vez de la resistencia que esperaban, hallaron vacía la ciudad, pero subió de punto, al observar que, apenas estuvieron alojados en ella, la vieron convertirse súbitamente en un mar de llamas. Napoleón permaneció dos semanas en medio de las humeantes ruinas, esperando que Alejandro solicitase la paz, mas, cuando se convenció de que aguardaba en vano, empezó la retirada del ejército frances, que fué rudamente combatida por dos terribles enemigos, con los cuales no se había contado: el frío y el hambre.

En el reinado de Nicolás I hizo el pueblo nuevas tentativas para obtener una constitución, y, en una guerra con Persia, quedaron agregadas al imperio dos provincias, que no tardaron en ser un buen camino para el Asia Central.

Muy adelantado ya el siglo XIX, extendió Rusia sus límites hasta muy pocos kilómetros de la frontera india; y en virtud de un tratado con China, ganó la orilla izquierda del río Amur, en donde fundó la ciudad de Vladivostock, «el señor de Oriente», sobre el mar del Japón.

POLONIA LUCHA POR LA LIBERTAD Y PIERDE SU VIDA NACIONAL

En otro lugar de esta misma obra hablamos de la frecuente intervención que tuvo Rusia, como cabeza de la Iglesia griega, en varios estados de la península de los Balkanes, al ver éstos amenazada su libertad por el imperio turco, y en el mismo lugar indicamos las muchas guerras a que dió origen esta intervención.

También los polacos intentaron sacudir el yugo que los oprimía, pero sus esfuerzos, lejos de obtener el resultado que esperaban, causaron la pérdida de la garantía que se les había concedido, y la anexión de Polonia, en calidad de provincia rusa, en 1864.

Antes de este suceso, en 1854, temerosas Francia e Inglaterra del poder que obtendría Rusia, si llegaba a realizar sus deseos de conquistar a Constantinopla, le declararon la guerra, invadieron la Crimea, bombardearon a Odesa y enviaron una escuadra al mar Báltico. El paso del río Alma, el sitio de Sebastopol, y la batalla de Inkermán fueron otros tantos episodios de esta memorable guerra, en que al fin Rusia hubo de pedir la paz, aunque con honrosas condiciones.

LA LIBERTAD DE LOS SIERVOS Y EL ASESINATO DE SU LIBERTADOR

Durante el reinado de Alejandro II, en 1861, se dió libertad a los siervos, cuya condición había sido mejorada de día en día. Muchas otras mejoras se realizaron también en este tiempo, entre ellas la construcción de vías férreas por todo el imperio y el fomento decidido del comercio y de la industria. Los conatos de revuelta y las luchas entabladas en pro de una constitución se repitieron con frecuencia, y la tardanza en concederla fué causa de frecuentes movimientos levantiscos, manifestados de palabra, por escrito, o por medio de complots contra las autoridades, y que éstas se apresuraron a reprimir con mano dura.

Finalmente, en 1917, a consecuencia del desastre sufrido por Rusia en la Guerra Europea, así como por la deplorable condición a que se veía sometida la clase pobre, el gobierno del Zar fué derrocado, estableciéndose la República. En nuestro artículo sobre «Rusia Contemporánea» tratamos más extensamente acerca de esta revolución.